



Encuentro Especial

"LA LLEVARÉ AL DESIERTO Y LE HABLARÉ AL CORAZÓN."

El objetivo de este Encuentro Especial es recalcar el valor del misterio del "desierto" en la vida de los creyentes, de tal manera los que caminan en la fe inicial y van hacia la madurez, busquen con gusto el silencio y la soledad para la oración personal, la austeridad y el compartir en su tenor de vida y la confianza en Dios y el abandono en manos de Su Divina Providencia en toda circunstancia.

A la hora convenida y después de un tiempo determinado de "acogida" (máximo quince minutos), que se aprovecha para que todos los participantes se saluden y fomenten vínculos de amistad, el catequista dirige al Señor una breve oración encomendándole el fruto de la convivencia y de todo el proceso iniciado. Acto seguido, introduce brevemente la actividad y, si parece oportuno, menciona y explica el sentido de sus cuatro momentos: comunitario, de revisión, de desierto y celebrativo.

1. Reunidos por el Maestro: Momento Comunitario

Rompecabezas

Materiales: Cinco, seis o más rompecabezas hechos con una fotocopia de una página conocida del Evangelio. Los rompecabezas deben tener muchas letras y ser cortados de manera muy creativa en al menos veinte o treinta fragmentos para que el armarlos de nuevo no resulte demasiado obvio.

Si además de las letras tienen alguna imagen bonita, mejor. Y cinco o seis cartoncitos, carpetas u otra cosa donde puedan traer de regreso el rompecabezas armado.

Procedimiento: Se hacen cinco o seis parejas, de acuerdo con el número de participantes. Todas reciben la instrucción de armar el rompecabezas. Pero el éxito de la dinámica está en que, al entregar en privado a cada pareja el rompecabezas, el catequista, o animador, sea capaz de mantener muy en secreto las siguientes instrucciones: a la primera pareja se le envía a un lugar preferiblemente aislado y a uno de los integrantes le encomienda secretamente, que se porte como un niño, que juegue con las fichas del rompecabezas, que finja que colabora pero que charle, ponga temas y despiste al otro; a la segunda pareja la envía pidiéndole discretamente a uno de los dos que se porte como el peor envidioso del mundo y que trate de demorar y de complicar las cosas hasta que se agote el tiempo; a la tercera pareja, la envía pidiéndole en secreto a uno de los dos que le ponga al otro todos los obstáculos posibles: no somos capaces, no nos alcanza el tiempo, por qué no comenzamos otra vez, fíjese que es mejor comenzar por el centro, o por los bordes, etc.; a la cuarta pareja la envía pidiéndole a uno de los dos que invite al otro a caminar por ahí y que le haga perder el tiempo convenciéndolo de que eso no vale la pena, no importa, es un ejercicio más y lo que se le ocurra, pero que lo entretenga todo lo que pueda, sin obligarlo sino seduciéndolo, como para que no se haga nada; y a la quinta pareja se envía a trabajar en silencio absoluto, hablando solo de lo que se refiere a la armada del rompecabezas; si hay otra pareja, la envía indicándoles que trabajen en silencio. Se les dan diez minutos para armar el rompecabezas y se les pide que regresen con el resultado sobre un cartoncito.





Y con lo que hayan hecho ante sus ojos, se resuelven estas preguntas:

- ¿Qué sintieron durante la ejecución del ejercicio? Y se da la palabra primero a los "damnificados" de los tres primeros grupos. Luego se pide a los que hicieron difícil o imposible la tarea que hablen de lo que se les pidió en secreto y de cómo se sintieron. Y finalmente se les pregunta a los que trabajaron en silencio y en mutua colaboración.
- ¿Cuál de estas experiencias se parece más a un desierto? ¿Qué elementos de los que vivimos en este juego se hicieron presentes durante la travesía de Israel por el desierto? ¿Tendría Dios planes para ese tiempo de desierto? ¿Cuáles?
- ¿En qué se parece nuestra vida al desierto que vivieron los israelitas? ¿Estamos listos para reconocer la bondad de la soledad y el silencio para nuestro encuentro con Dios? ¿Cómo nos podría servir esta enseñanza para mejorar nuestra vida diaria y nuestros propósitos?

Sigue el momento de revisión, que refuerza y ayuda a asimilar lo que se ha experimentado hasta ahora.

2. En la escuela del Maestro: Momento de Revisión

El momento de la revisión es fundamental y así lo explicará el catequista. Se trata, en primer lugar, de conocer, con la ayuda de Dios, lo que la experiencia, en su conjunto, está dejando en la propia vida. Es un momento fuertemente comunitario por la ayuda que los hermanos representan para la propia fe y para la conversión de todos.

Para este encuentro recomendamos preparar un esquema o cuadrícula con espacio suficiente para que cada uno de los participantes escriba su reflexión, más o menos como el que sigue. Se trata de repasar el mensaje de los encuentros recientes y de aplicarlo a la propia vida, con la ayuda de los hermanos del grupo. Duración sugerida: una hora. (*Ver anexos o cuadros 1 y 2 al final*)

Tarea:

1° En un máximo de veinte minutos, y ojalá sin la intervención del catequista, el grupo reunido conversa sobre los cuadros de la primera página. El objetivo es reconstruir, entre todos, la memoria de los encuentros recientes. Todos toman las notas que consideren convenientes.

2° En silencio y por un máximo de veinte minutos, los participantes resuelven las preguntas de la página 2.

3° El tercer paso es un diálogo sobre lo que se ha trabajado personalmente. Se comparten las reflexiones y se invitan unos a otros a descubrir el valor paradigmático de esos acontecimientos y de esos personajes.

Terminado este ejercicio, se pasa al momento de desierto, en el cual se garantiza al menos media hora de silencio exterior e interior.





3. En la intimidad con el Maestro: Momento de Desierto y Contemplación

De acuerdo con los criterios expuestos en "Consideraciones Metodológicas: Para emprender el Camino", éste es el momento para el diálogo personal con el Señor. El catequista acompaña a quienes realizan este ejercicio haciéndolo también. Pero les advierte que está pendiente por si alguno necesita aclarar algo, y que lo pueden interrumpir, siempre y cuando no se interrumpa el silencio de los demás ni se trate de asuntos ajenos al encuentro orante con el Señor.

MEDITACIÓN SOBRE EL DESIERTO

En esta meditación vamos a contemplar los significados más profundos del "desierto" en la Biblia. Se trata de un ejercicio individual, NO DE GRUPO. Sugerimos una oración preparatoria, tres pasos y una oración conclusiva. El tiempo sugerido es de una hora como mínimo, aunque se trata de un ejercicio de desierto que bien podría ocupar una media jornada en la que los ejercitantes experimentarían también un poco de ayuno y de soledad. En este caso habría que pedirles que hicieran una pequeña pausa orante entre cada uno de los tres pasos del ejercicio propuesto. Para mayor eficacia, convendría entregar el siguiente texto a los participantes.

ORACIÓN PREPARATORIA: Señor Dios Uno y Trino, me acerco a Ti en el silencio y te ruego me concedas la gracia de vivir bien este espacio de oración. Te suplico que dirijas Tú este encuentro y que me ayudes a comprender tu Palabra, a asimilarla y a llevarla a mi vida de todos los días para mayor gloria y alabanza tuyas.

PRIMER PASO: El primer paso es repasar serenamente, con los ojos del alma y con la ponderación del corazón, tres momentos de la historia de la salvación. Se trata de resolver unas preguntas simples, encontrar el significado que los acontecimientos tienen y de guardar en el corazón las respuestas. Se pueden escribir algunas impresiones del alma que sirvan para llevar a la vida diaria como actitudes propias de nuestra fe.

El primer momento es el tiempo que va desde la liberación de Egipto hasta el monte Sinaí u Horeb, incluyendo lo ocurrido en la cima del monte: ¿qué sienten los israelitas cuando, por fin, se acaba su durísima esclavitud y salen de Egipto?, ¿cómo se sienten en la noche y caminando por el desierto, conducidos solo por Moisés y por su fe?, ¿qué les sobreviene cuando ven que los persigue de nuevo el Faraón con todo su ejército y se encuentran atrapados entre los perseguidores y el mar?, ¿qué sienten cuando Dios resuelve la angustia y comienzan a pasar el lecho del mar? ¿Cómo amanece el primer día de libertad? Poco a poco se dan cuenta de las dificultades del desierto... ¿Y la experiencia del Sinaí, pocos días después? ¿Qué se siente cuando se descubre que Dios ha mostrado todo su poder con un pueblo de esclavos, empobrecido en todo sentido, con el que, además, de manera inaudita, quiere establecer una alianza?





El segundo momento es el tiempo de desierto propiamente dicho, hasta la muerte de Moisés: ¿Recuerdas lo que ocurrió mientras Moisés estaba en el monte recibiendo los Mandamientos y las cláusulas de la Alianza? ¿Cómo el pueblo se llenó de nervios por la tardanza del líder, Moisés, y pidió tener un dios aparentemente más cercano?, ¿cómo a Aarón se le ocurrió la funesta idea del becerro de oro y cómo se vio aquí la debilidad del pueblo? ¿Recuerdas cómo Moisés tuvo que destruir ese ídolo y pedir perdón por todos? En fin, sigue' con tu mirada y con tu pensamiento estos acontecimientos: ¿Qué significan?, ¿en qué nos parecemos nosotros a los que tuvieron esa experiencia? Pero sigue el camino. Recuerda ahora cómo se resignaron, siguieron el camino en obediencia y vieron la mano de Dios que los cuidaba como un padre cuida a su hijo. Los alimentó con el maná durante mucho tiempo. Cuando sintieron que les faltó carne, les dio las codornices. Les dio agua, que, entre otros prodigios, ¡brotó de una peña seca! Durante este camino, Dios los educó y los formó. Una generación entera terminó en el desierto y una nueva generación llegó a las puertas de la Tierra Prometida. Moisés murió allí sin poder entrar, pero dando testimonio de una misión cumplida a cabalidad.

Y el tercer momento es el tiempo que va entre la muerte de Moisés y la entrada en la Tierra Prometida. Josué recibió el mando y lo recibió con fe. Dios mostró a su pueblo que siempre había estado con él, en el desierto, alimentándolo, calmando su sed, dirigiendo su camino, enseñándole a amar sin interés, a obedecer como hijo, a pertenecer al Único que libera de cualquier esclavitud, que salva de cualquier peligro, que acompaña todos los caminos, que comprende todas las acciones de los corazones, que fortalece a todos los que se sienten angustiados y debilitados. ¿Qué piensan los de esta generación que pasa el río Jordán cuando Dios prácticamente renueva el prodigio del mar Rojo? ¡Pasan el río sin mojarse los pies! Toman posesión de una tierra que no es de ellos pero que les produce toda clase de frutos. Ven los prodigios de una conquista que es más obra de Dios que de ellos mismos y saben que esa tierra le había sido dada a su padre Abraham hacía muchos años. ¿Qué se aprende de Dios durante ese desierto? ¿Qué muestra Dios de su relación con los creyentes? ¿Cómo vives tú este misterio?

SEGUNDO PASO: Consiste en leer atentamente 1Reyes 19,1-14 y ver que Elías, muchos años después de los episodios del Éxodo, vuelve al desierto del Sinaí y tiene una experiencia importantísima. El pueblo que había salido de Egipto hacía casi cuatrocientos años parecía haber perdido la fe. Por obra de reyes imprudentes y malvados que ejercieron el poder sin criterios de fe, el pueblo había caído en idolatrías vulgares como la del becerro de oro. Una nueva religión llena de supersticiones y mundanidad asediaba al pueblo y se imponía más por vía política y por la fuerza que por convicción. Los creyentes sencillos fueron desorientados. Y llegó un momento en que solo quedaba el profeta Elías para hablar con valentía. Él predicaba que el único ideal era el de la Alianza y que el primer mandamiento no se estaba cumpliendo. Hubo un momento en el que todos los poderosos del pueblo se pusieron en su contra y sus fatigas lo desgastaron humanamente tanto que tuvo que huir. Y fue entonces cuando tuvo esta experiencia tan peculiar en el desierto. Por el camino sintió que le faltaban las fuerzas y descubrió que Dios mismo se preocupaba de su subsistencia.

Luego encuentra que Dios es quien lo anima en su misión, aunque sea difícil. Y finalmente recibe una revelación de la presencia de Dios que marca un hito en la literatura espiritual de todos los tiempos. Muy al contrario de los estruendosos rituales de los paganos, Dios se le revela en la serenidad y en el silencio. En el terremoto, el fuego y el huracán hay ruido y movimiento. Pero Dios quiere hablar con Elías en la intimidad de la oración silenciosa y quiere manifestarle su presencia providente en el mismo monte de la Alianza, es decir, donde Dios deja





sentir todo su amor, como esposo de su pueblo. Nada de extraño que los profetas posteriores vean que el desierto es el lugar deseable en el que se encuentra a Dios y se siente su providencia. Oseas nos transmite lo que, en una frase tomada del ambiente de los enamorados, Dios dice: "Voy a seducirla. La llevaré al desierto y le hablaré al corazón" (Os 2,16) y agrega: "...y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto... me llamará "Esposo mío" (Os 2,17).

TERCER PASO: Es ver a Jesús que busca el desierto para preparar el inicio de su ministerio y para entrar en oración profunda. En este paso, más que repasar algún texto de la misma Biblia, vamos a recordar y a meditar la actitud de nuestro Señor Jesucristo, quien dejó a sus discípulos el tesoro de su ejemplo. Jesús ora antes de iniciar su ministerio internándose en el desierto por cuarenta días, para conversar con el Padre en un ambiente de soledad, de penitencia y de austeridad. Jesús ora antes y después de los acontecimientos más importantes. Ora para elegir a sus Apóstoles. Ora todos los días retirándose a lugares solitarios (Mc 1,35; Lc 4,42). ¿Veo ya con mis propios ojos la importancia del desierto para el encuentro personal con Dios? Repaso este valor: en el desierto Israel experimentó que Dios lo amaba como un padre a su hijo, como un esposo a su esposa; probó la providencia de Dios que lo cuidó en todo sentido y le garantizó la existencia; recibió una educación personalizada en la que Dios mismo se formó a su pueblo. Ante todo esto ¿qué voy a hacer yo?, ¿cómo voy a organizarme una vida de oración interesante de aquí en adelante? ¿Comprendo el valor del silencio exterior e interior y de la austeridad externa para entrar en oración? ¿Veo cómo es importante orar con la Biblia?

ORACIÓN CONCLUSIVA: Señor, Jesucristo, a quien he contemplado en el desierto de la oración y de la austeridad, te suplico que me ayudes a vivir firmemente concentrado(a) en Ti, en tu amor y en tu alabanza. Que yo aprenda de Ti el valor de la oración prolongada y amorosa. Que yo aprenda a escuchar tu Palabra en la Sagrada Biblia, siempre en las sendas de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia. Que, de esta manera, te conozca y te ame cada vez más. Te suplico con toda la humildad de la que soy capaz que me concedas la gracia de perseverar en una vida de profunda y fecunda oración.

El Encuentro concluye con el momento celebrativo, al que se pasa después de un momento de reposo comunitario.

4. El Maestro está aquí y te llama: Momento Celebrativo

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA

El objetivo de esta celebración sagrada es reforzar el diálogo que los caminantes, han tenido con el Señor.

Ritos Iniciales

Estando todos de pie, el que preside o dirige la celebración da inicio a la misma invocando la presencia de las Tres Divinas Personas:

P. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se signan y responden:

R. Amén.





Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

P. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

R. Y con tu espíritu.

Si el que dirige la celebración NO ES PRESBITERO O DIACONO, sigue inmediatamente con el COMENTARIO.

Comentario

Dispongamos nuestro interior, nuestra voluntad y nuestra inteligencia, y nuestro exterior, nuestro cuerpo, nuestros ojos y nuestros oídos, para vivir esta celebración. En un momento de silencio pidamos al Señor que nos permita celebrar con mucho fruto lo que hemos contemplado en esta jornada de desierto.

Y se da un espacio de silencio de un minuto, más o menos.

Oración

Dios único y amado,
que quieres que escuchemos tu Palabra con
con total dedicación
y que comprendamos que Tú eres
el único Dios vivo y verdadero
que existes desde siempre y para siempre,
luz sobre toda luz:
ayúdanos a vivir amándote en todo
y sobre todas las cosas
y concédenos la gracia de conocer y amar
tus misterios cada vez mejor.
Por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor.

Todos responden:

R. Amén.

Y se sientan.

Comentario

Habiendo experimentado el amor de Dios en el silencio de la oración, dispongámonos ahora a recibir su Palabra como comunidad que celebra la cercanía y la providencia que Dios siempre manifiesta a su pueblo.





Lecturas y Homilía

También pueden elegirse otros textos apropiados y otros salmos responsoriales.

Lectura del Libro del Deuteronomio Dt 8,11-18

Guárdate de olvidar al Señor, tu Dios, no observando sus preceptos, sus mandamientos y sus decretos que yo te mando hoy. No sea que, cuando comas hasta saciarte, cuando edifiques casas hermosas y las habites, cuando críen tus reses y ovejas, aumenten tu plata y tu oro, y abundes en todo, se engría tu corazón y olvides al Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con serpientes abrasadoras y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres, para afligirte y probarte, y para hacerte el bien al final. Y no pienses: "por mi fuerza y el poder de mi brazo me he creado estas riquezas." Acuérdate del Señor, tu Dios: que es Él quien te da la fuerza para adquirir esa riqueza, a fin de mantener la alianza que juró a tus padres, como lo hace hoy. ¡Palabra de Dios!

R. ¡Te alabamos, Señor!

Salmo Responsorial Sal 18 (17)

R. Yo te amo, Señor; Tú eres mi fortaleza.

Yo te amo, Señor; Tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. **R.**

Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
quedo libre de mis enemigos. **R.**

Desde el cielo alargó la mano y me agarró,
me sacó de las aguas caudalosas,
me libró de un enemigo poderoso,
de adversarios más fuertes que yo. **R.**

Señor, Tú eres mi lámpara,
Dios mío, Tú alumbras mis tinieblas.
Fiado en Ti me meto en la refriega,
fiado en mi Dios, asalto la muralla. **R.**





Todos se ponen de pie para la lectura del Evangelio. Si el que dirige la celebración es presbítero o diácono, saluda a los participantes con el saludo litúrgico habitual: "El Señor esté con ustedes." De lo contrario, solo lee lo que se encuentra en negro, a continuación:

Lectura del Santo Evangelio según San Juan Jn 6,29-35

En aquellos días, dijo Jesús a sus discípulos: "La obra de Dios es ésta: que creáis en el que Él ha enviado." Ellos le replicaron: "¿Y qué signo haces Tú, para que veamos y creamos en Ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: «Pan del cielo les dio a comer.»" Jesús les contestó: "En verdad, en verdad les digo: no fue Moisés quien les dio a ustedes pan del cielo, sino que es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo." Entonces le dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan." Y Jesús les contestó: "Yo soy el pan de vida. El que viene a Mí no tendrá hambre y el que cree en Mí no tendrá sed jamás." ¡Palabra del Señor!

R. ¡Gloria a Ti, Señor Jesús!
Y se sientan.

Homilía

El celebrante explica el significado y la importancia del amor de Dios, con éstas o con otras palabras.

En el pensamiento bíblico, objetivamente hablando, el desierto es ante todo un lugar peligroso, estéril y tenebroso, morada de animales salvajes que pueden constituir una grave amenaza a la vida humana (cf. Is 13,22; 30,6; Dt 8,15). Es tierra sin agua, desolada y reseca, donde no subsiste la vida y el hombre no puede habitar (Jer 2,6).

Sin embargo, por la experiencia única de la liberación de la esclavitud en Egipto, de la salvación de los ejércitos del Faraón y de la experiencia de la providencia divina que lo cuidó, para el pueblo de Dios el desierto también es el lugar en donde se revela la bondad paternal de Dios. En él, el pueblo de Israel experimentó más que nunca la asistencia de Dios providente que siempre cuidó de él: le dio su alimento (cf. Núm. 11,31; Ex 16,4) y renovó con el agua su compromiso de nunca dejarlo morir (cf. Ex 17,5-6).

La peregrinación que Israel realizó a través del desierto lo transformó: el Israel que entró en el desierto no fue el mismo que salió de él. Israel aprendió que la fe es confianza absoluta y que la confianza tiene como fundamento la obra prodigiosa que Dios despliega en su favor, solo por amor. Por eso, en esa travesía Israel tuvo que enfrentarse con su pecado y sus rebeldías (cf. Ez 20,8; Núm. 13,11). Se dio cuenta que su indocilidad y su falta de fe evidenciaban la Inmadurez de un pueblo que todavía no comprendía el amor y el protagonismo del único Dios que lo rescataba de la muerte y le permitía seguir viviendo, aun en medio de las dificultades. Cuando fueron atacados por las serpientes, por ejemplo, Dios les pidió simplemente que miraran una serpiente de bronce puesta sobre un estandarte. Ese sencillo acto revelaba que Dios puede servirse de cualquier medio para salvar y para llamar a la fe. Pero también puede decir que uno tiene que mirar de frente sus problemas y llamarlos por su nombre. Cuando esas serpientes, Israel tuvo que reconocer simultáneamente dos cosas: que merecía el castigo por sus rebeldías y que debía clamar humildemente a Dios, en quien siempre encontraría la salvación.





El desierto es también el lugar en donde se sella la alianza de Dios con su Pueblo (cf. Ex 19,3-6). Allí, sin distracciones y sin consuelos exteriores, como en una escuela, Israel debe aprender a ser Pueblo de Dios. Desnudándose a sí mismo, Israel vive bajo la protección de un Dios que se compromete con ellos. La nube que iluminaba su camino en la noche y les protegía del inclemente calor en el día (Dt 1,33) es signo de la presencia enamorada de un Dios que acompaña a su pueblo, lo protege, lo educa como a un niño (cf. Os 11,3-4) y lo conserva con cariño.

Así como el desierto fue necesario para que Israel conociera a su Dios y se entregara a Él, también es necesario para nosotros. En el desierto podemos encontrarnos a nosotros mismos, sin subterfugios, revelando todo lo que somos delante del Único que nos escruta con la claridad de una luz que penetra incluso las oscuridades más profundas de nuestro ser. En él nos encontramos con Dios, sin distracciones, y experimentamos la dulzura de la intimidad con Dios. El desierto nos permite encontrarnos a solas con el único que nos rescata de nuestras peores esclavitudes, muchas veces impuestas por las dinámicas autorreferenciales de nuestro propio yo; nos aguza el oído para que podamos escuchar la voz de Dios que habla de corazón a corazón, manifestando su voluntad de amor salvador. En el desierto encontramos al "responsable" de que vivamos y subsistamos en medio de las dificultades.

Por eso tenemos que aprender a "volver al desierto". Como Jesús en su búsqueda diaria de silencio y soledad, como los santos de todos los tiempos, como lo exigen nuestra condición humana y nuestra vocación. La Iglesia misma, sostenida por aquél que por ella extendió sus brazos en la Cruz, que la sostiene como sobre alas de águila grande (cf. Ap 12,14), quiere ser fiel a ese desierto al cual ha sido enviada (cf. Ap 12,5.14) y del cual no quiere dejarse retirar.

Sigue un momento de silencio para que todos se refuercen en las metas del primer anuncio: la fe y la conversión iniciales. Y para que le ofrezcan a Dios seguir el camino con fidelidad.

Preces

Presidente: Queridos hermanos: habiendo vivido juntos esta experiencia de desierto, en la que hemos podido conversar más ampliamente con el Señor, reconozcamos con absoluta confianza que el Padre siempre nos escucha. Digámosle, entonces:

R. Atiende, Padre, nuestra súplica.

Por la Iglesia en todo el mundo, para que se renueve profundamente por la conversión a tu amor y pueda dar el testimonio que se requiere de ella, oremos. **R.**

Por quienes tienen autoridad en lo político y recursos en abundancia, para que en todas sus decisiones resplandezca la solidaridad para con los más pobres y postergados, oremos. **R.**

Por todos los que sufren angustia y soledad, para que encuentren en Ti la calma, oremos. **R.**

Para que tanto la Iglesia entera, en su comunidad de amor, como cada uno de nosotros, seamos testigos del amor de Dios, de palabra y de obra. **R.**

Dejamos ahora un momento de silencio para que cada uno presente al Señor sus súplicas más queridas.





Presidente: Y ahora, porque sabemos que Dios nos ama con un amor que no tiene límites, llenos de confianza nos atrevemos a decir:

Padre nuestro,
que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día.
Perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal.

BENDICIÓN DE LOS CAMINANTES

El celebrante concluye el rito, pronunciando sobre el grupo las siguientes palabras. Si es PRESBITERO, lo hace con las manos extendidas sobre los fieles. De lo contrario SÓLO pronuncia las palabras:

Señor, Dios Eterno, rico en misericordia,
que, por tu Palabra, santificas y renuevas
todas las cosas,
derrama tu bendición sobre estos hijos tuyos
que se encuentran en el camino de tu conocimiento
y humildemente imploran tu protección;
concédeles la gracia de obedecer siempre tus mandatos
y de cumplir en todo tu voluntad,
para que puedan alcanzar, por la invocación
de tu santo Nombre,
el crecimiento en la fe, la salud del cuerpo
y la protección de su alma.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Si el que dirige la celebración ES PRESBITERO O DIÁCONO puede concluir con la siguiente bendición.

P. Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

Todos responden:
R. Amén.





Pero si el que dirige la celebración NO ES SACERDOTE O DIÁCONO, concluye:

P. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

Y todos responden:

R. Amén.

CONCLUSIÓN DEL RITO

Despedida

El celebrante recuerda brevemente el gran gozo con que han sido recibidos los caminantes, los exhorta para que traten de vivir siempre a la luz indeficiente del amor de Dios, conforme a la Palabra que han escuchado, y los despide con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos y amigos, sigan constantes en el camino emprendido y sientan siempre cercano el amor infinito de Dios, que resplandece en todas las cosas. Tengan la certeza de nuestra compañía en la oración, de nuestro afecto, apoyo y oraciones por ustedes.

P. Pueden ir en paz, y que el Señor los acompañe.

Todos responden:

R. Demos gracias a Dios.

